

# Un problema ético:

## La cultura

Quizá ninguna palabra se ha repetido tanto en los últimos tiempos como esta palabra **cultura**, y quizá va sucediendo con ella lo que ha pasado con tantas otras, que habiendo tenido la suerte de convertirse en verdaderos mitos populares, han variado tanto en su significado, al pasar a través de diversas mentalidades y al ser interpretadas a gusto por el elemento popular, siempre amorfo, de los grandes movimientos sociales, que han venido prácticamente a no significar nada, a fuerza de significar demasiado.

Los célebres planes quinquenales del comunismo ruso echaron a volar por todos los puntos cardinales una curiosa acepción de la palabra cultura: consistía ésta ante todo en lo que se denominó con la fea e incómoda palabra **desanalfabetización**, acompañado de ciertos procedimientos de higiene elemental, como el uso del cepillo de dientes y el de los zapatos para los campesinos. Y en la cumbre de toda esta concepción cultural, el desarrollo gigantesco de una industria productora de toda clase de géneros, a la cual quedaba el hombre enteramente esclavizado. Añádase a esto el impulso dado a las investigaciones químicas y biológicas y el desenfreno de las pasiones sexuales, y se tendrá un esbozo bastante completo de esa concepción cultural tan inteligentemente analizado por Alia Rachmanova en su novela "La Fábrica de Hombres Nuevos".

No dista mucho de la concepción comunista, que por algo se gloria de democrática, el ideal de vida esbozado por la revolución de 1789 y realizado a lo largo del siglo pasado por los estados democráticos o burgueses; con la diferencia de que ellos hablaban de progreso en vez de hablar de cultura, cifrando sus anhelos en el adelanto indefinido de las ciencias, de las artes y de las industrias, en el cual habría de consistir la **religión del porvenir** preconizada por Augusto Comte.

Fundada, si no en el escepticismo absoluto, al menos en el agnosticismo religioso, la idea burguesa, que no quiere saber nada acerca de una vida futura, trata de hacer de este mundo una residencia lo más confortable y lo más duradera posible, razón por la cual cifró todo su empeño en producir **el mayor número de comodidades para el mayor número de individuos**, según la frase feliz que compendia y resume la concepción norteamericana de la vida. "La burguesía formalmente considerada, --según la admirable definición de Tristán de Atayde--, es la clase que no piensa en la muerte; ella resolvió el problema de la vida, el de la muerte no le preocupa" (1).

Por una de esas ironías del destino, o más bien por una de esas ironías de Dios, en que tanto abunda la historia, pues, según las palabras del Salmo II: "el que habita en los cielos se ríe y el Señor se burla de los planes de los hombres", le ha tocado a la civilización burguesa, cuando había llegado al apogeo de su esplendor, al máximum de sus inventos, de su producción y de sus **progresos**, al más alto **standard de vida**, contemplar su propia disolución y ver aproximarse su muerte por consunción, al encontrarse en vísperas de carecer de todo eso que constituía su forma sustancial: producción, comodidades, progreso. Cuando Edmundo About escribía: "En verdad os digo que el ómnibus, (símbolo de progreso hace un siglo), no es solamente un coche de cuatro ruedas, sino el carro del Progreso, el símbolo de la asociación pacífica fundada sobre la libertad", estaba lejos de pensar que ese ómnibus que tanto lo admiraba sería pronto reemplazado por medios de transporte cien veces más rápidos, pero que ese progreso indefinido que él esperaba, se vería detenido de repente, y que el mundo volvería de nuevo al ómnibus, y aún a medios más primitivos y más lentos...

Una tercera concepción de la cultura lucha hoy por establecerse en el mundo: la concepción estatista, cuyo ideal es producir la riqueza, la fuerza, la grandeza, el poder del Estado. Para esta tendencia, "la única realidad existente es el Cosmos o universo, el cual es un sér vivo; todas las cosas, incluso el hombre, no son sino formas diversas que en el curso de las edades va tomando el Universo vivo... El fin esencial de la educación es desarrollar los caracteres de la raza e inflamar los espíritus en

1 "El Problema de la Burguesía", pág. 108.

un amor ardiente de su propia raza, como del bien supremo" (2). Hay en estas palabras todo un ideal de vida, toda una filosofía de la cultura. En cuanto al Derecho, elemento fundamental de la vida de la sociedad, no puede ser otra cosa que una concesión y creación del Estado: "Cada hombre no existe sino por el Estado y para el Estado. Todo lo que posee se deriva únicamente de una concesión del Estado" (3). y si se le pregunta cuál es el ideal humano individual que pretende desarrollar, dirá que es el **superhombre**, el hombre dotado de una energía y de una voluntad de dominio que lo hagan capaz de imponerse a los demás. Bien entendido que este ideal no se podrá lograr sino en las razas superiores, y que las otras, "que distan más de las primeras que de las especies zoológicas más perfectas" (4), no podrán dar sino esclavos, cuya naturaleza misma está hecha para obedecer y para servir a los superhombres.

Hay en estas tres concepciones que hemos expuesto sumariamente algunos elementos comunes, que las hacen menos opuestas entre sí de lo que cree la mayoría de los que de estas cosas hablan o escriben. En primer lugar, todas están de acuerdo en negar o desconocer por lo menos que el fin del hombre se ha de realizar en una vida futura, y se empeñan por realizar un ideal puramente temporal, no ordenado a un fin ulterior. En segundo lugar, todas ellas buscan una perfección, una cultura, un progreso de algo que está fuera del hombre: es la perfección de la producción, o de las ciencias y artes, o del Estado, mientras que el hombre individual, la persona, queda relegada a la categoría de medio y de valor relativo. En tercero y último lugar, todas las doctrinas anteriormente enumeradas convienen entre sí en situar el problema de la cultura fuera de la Etica, es decir, fuera del orden propiamente humano, para situarlo en el orden de la producción, de la técnica o de la organización, el cual es un orden inferior y que no afecta directamente a la perfección humana. O en otras palabras, para usar el lenguaje de los escolásticos, **cuya claridad es insuperable, saca el problema del ordo agibilium**

2 Propositiones 4ª y 7ª condenadas por la Santa Sede y comunicadas a las Universidades Católicas el 13 de abril de 1938, por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, ordenando al mismo tiempo a los profesores católicos que las refuten científicamente en las diversas cátedras.

3 Ibídem, prop. 8ª.

4 Ibídem, prop. 1ª

para colocarlo en el *ordo factibilium*; entendiendo por *ordo agibilium* el de las acciones humanas en cuanto tales, en cuanto perfeccionan al sujeto, y por *ordo factibilium* el de la producción, que de suyo no perfecciona al sujeto agente, sino al objeto exterior a él (5).

¿Hay una teoría cristiana de la cultura? Cabe advertir, en primer lugar, que la palabra de que hablamos no se encuentra en los autores escolásticos, y que su uso es relativamente reciente; en cambio, la realidad por ella representada ha sido sin duda tratada ampliamente en los autores católicos, y creemos poder afirmar que el cristianismo es, en sí mismo y por sobre todo, una verdadera cultura, una concepción integral de la vida humana. Veamos brevemente cuál es esa concepción católica.

La etimología de la palabra puede prestarnos alguna ayuda. **Cultura**, en latín, sinónimo de *cultus*, significa, bien la acción misma de cultivar un campo, bien los mismos campos cultivados, a semejanza de nuestra palabra castellana cultivo (6). Derivánse ambas, *cultus* y *cultura* del verbo *colere*, que tiene dos significados principales: uno primitivo, la acción de trabajar el campo, otro derivado: habitar; sentidos cuya correlación se explica fácilmente, ya que, entre los primitivos ocupantes de un lugar, nadie habitaba sino la tierra que se apropiaba por el trabajo productivo (7). De aquí también salió un nuevo sentido para el verbo *colere* y para el sustantivo *cultus*: "Reverente y amoroso homenaje que el hombre tributa a Dios", según el Diccionario de la Real Academia Española. Y el tránsito entre estos dos sentidos se hizo sin duda por la conciencia que han tenido los hombres en todo tiempo de que el mejor homenaje que pueden rendir a Dios es el perfeccionarse a sí mismos para agradarlo y servirlo, *colere*, cultivar en ellos la virtud, para presentarse dignamente a su Dios.

5 *Agere*, en el lenguaje escolástico, designa la acción humana en cuanto inmanente; *facere*, la acción humana en cuanto productiva.

6 "Cultivo, acción y efecto de cultivar". D. de la R. A. E., 1925. Allí mismo se dice: "Cultura, cultivo. / 2 Culto 4ª acep. / 3 fig. Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre". (La 4ª acepción de culto a que se refiere es la de culto divino, citada más arriba).

7 De aquí varias palabras latinas derivadas de *colere*: *incola* = habitantes; *acola* = peregrino, transeunte, etc.

Santo Tomás de Aquino da, en el libro II de la Suma Filosófica, capítulo CXIX, una noción del culto divino, que ilustra singularmente el problema de que tratamos. He aquí sus palabras:

"Los sacrificios sensibles que el hombre ofrece a Dios han sido instituidos no porque Dios necesite de ellos, sino para significar al hombre que es necesario que se entregue él mismo con todos sus bienes a Dios, como a su fin, como a su Creador, como a Gobernador y Señor del universo...

"Emplean también los hombres ciertos actos sensibles, no para atraer con esto la atención de Dios, sino para excitarse ellos mismos a la contemplación de las cosas divinas, como son las posturas, genuflexiones, exclamaciones vocales y cantos, lo cual no se hace como si Dios lo necesitara, pues El lo conoce todo y su voluntad es inmutable y no recibe ninguna utilidad de los efectos de nuestra mente ni de nuestros actos corporales, sino para que, por medio de estas obras sensibles, nuestra intención se dirija hacia Dios y se inflamen nuestros afectos. Y, al mismo tiempo, proclamamos con esto que Dios es autor de nuestra alma y de nuestro cuerpo, presentándole un homenaje que es espiritual y corporal...

"En estos actos corporales ofrecidos a Dios decimos que consiste el culto divino. **Pues se dice que cultivamos una cosa cuando empleamos nuestro esfuerzo en su provecho. —Illa enim colere dicimur quibus per nostra opera studium adhibemus.**—Pero no podemos emplear nuestro esfuerzo en relación con Dios, para hacerle bien a El, como cuando se dice que cultivamos ciertas cosas con nuestro trabajo, sino para hacernos bien a nosotros mismos, en cuanto por esos actos nos acercamos a Dios".

De estas palabras del Doctor Común nos parece que se deriva claramente el concepto cristiano de la cultura: esfuerzo del hombre para mejorarse a sí mismo en relación con Dios, *ut proficiat in Deum*.

Y aparece a primera vista la distancia diametral entre la concepción cristiana y las que antes hemos enumerado: etimológicamente convienen todas estas concepciones, son una *cultura*, un cultivo de algo, un esfuerzo por hacer mejorar y progresar algo; pero mientras que en las concepciones no cristianas se trata del cultivo, del progreso de algo que está fuera de hombre: la materia, la economía, el Estado, la doctrina cristiana exige una *cultura*, un cultivo del hombre mismo, de lo que hay de superior

y de mejor en el hombre: no de la parte animal, por la higiene, el bienestar, y la riqueza; no de su calidad de productor, artesano, artista o poeta, orden en el cual, por muy noble que sea, su actividad sale de sí mismo para terminarse en el artefacto, en la obra exterior, sino en su calidad de ser capaz de Dios, de ser que tiene el deber de llegar a Dios por el uso libre de sus facultades, que es lo que los escolásticos modernos, para facilitar la discusión, han expresado en el nombre de **persona** (8).

La cultura, pues, como perfección del hombre en cuanto tal y en cuanto orientado a Dios, tiene un cierto carácter religioso, teocéntrico, como se dice hoy, pues las cosas que tienen una finalidad no se perfeccionan y progresan sino en cuanto cumplen esa finalidad; por lo cual el hombre, como ser relativo, destinado por naturaleza a alcanzar un fin que es Dios, no halla su perfección, su progreso, sino acercándose a El. La noción cristiana de la cultura identifica a ésta con la moral, concibiendo la moral como la ordenación de todas las actividades humanas hacia la obtención del fin último del hombre, en lo que se ve claro el absurdo que envuelve el hablar de una moral sin religión. La situación actual del mundo nos está demostrando a dónde puede conducir una noción de cultura que prescinde de Dios.

Podríamos, pues, precisar más la definición de cultura diciendo que, en su sentido subjetivo, —cuando se habla de la cultura de una persona—, significa el grado de perfección humana, intelectual y moral, a que esa persona ha llegado; y en un sentido objetivo, —como cuando se habla de la cultura española, o francesa, o medioeval o moderna, del desarrollo cultural de un pueblo, de los progresos de la cultura—, significa el conjunto de instituciones que una nación o una época ha establecido para procurar y defender la perfección humana, intelectual y moral, de sus hombres.

\* \* \*

Digamos ahora en qué consiste la cultura en su sentido subjetivo, es decir, cuál es el desarrollo que el hombre está llamado a alcanzar en **cuanto hombre**.

El fin último del hombre es la felicidad perfecta que no puede alcanzarse en esta vida y que se realizará en la futura. Sin

8 "La persona es el individuo en cuanto ordenado a Dios", dice Maritain, en "Por una Filosofía de la Persona Humana".

embargo, la vida actual representa una cierta etapa en la evolución total de su vida, una época transitoria pero de cierta duración, en la cual el hombre debe prepararse para alcanzar su vida futura.

La vida actual tiene solamente razón de medio en relación con la futura. Ahora bien, la perfección del medio, en cuanto tal, consiste en su aptitud para alcanzar el fin al cual está ordenado. Por tanto, el fin temporal de la vida temporal, subordinada a la eterna, debe ser realizar plenamente su razón de medio para alcanzar la perfecta felicidad. Y siendo la felicidad, según Aristóteles, **la operación perfecta del hombre**, la cultura propia, el desarrollo propio de la vida humana, consistirá en desarrollar de tal manera sus propias facultades, que se haga capaz de ejercer esa operación perfecta en la vida venidera, rectificar de tal manera sus operaciones que se encamine a la posesión del Sumo Bien.

La perfección del hombre en esta vida, que constituye su fin próximo, cuya realización es condición indispensable para alcanzar el fin último, consiste sobre todo en el bien moral, en la rectitud de la voluntad, por la cual el hombre se dice bueno pura y simplemente. "La voluntad es recta, dice Santo Tomás, si está bien ordenada al fin último; y el fin hace, respecto de aquello que está dirigido a él, el mismo oficio que la forma respecto de la materia: así como la materia no puede adquirir una forma si no está debidamente ordenada hacia ella, así nada puede alcanzar su fin si no está debidamente encaminado a él; por lo cual **nadie puede llegar a la felicidad si no tiene la rectitud de la voluntad**" (9).

Pero esta afirmación, que concede a la rectitud de la voluntad la primacía en el orden de la cultura, no excluye en manera alguna la perfección de las otras potencias del hombre, el entendimiento en lo espiritual y, en lo material, las facultades corporales, perfección sin la cual no podría nadie decirse hombre perfecto.

Perfección intelectual, ante todo, porque, siendo el entendimiento la facultad más alta del hombre, y siendo su operación previa a la de la voluntad, mal podría haber una voluntad buena si no hay antes una cierta bondad de carácter intelectual. Es esto

9 "Suma Teológica", Sección I de la II Parte (I—II) Q. IV, art. IV c.

lo que enseña Santo Tomás en la Suma Teológica, cuando se pregunta si las virtudes morales pueden existir sin las intelectuales y responde:

“Una virtud moral puede existir sin ciertas virtudes intelectuales, por ejemplo, sin sabiduría, ciencia o arte, pero no sin inteligencia y prudencia. No sin prudencia, pues toda virtud moral es un hábito electivo, es decir, que hace buena elección, y para que la elección sea buena se requieren dos cosas: primero, que haya una intención hacia el fin, lo que se logra en el ejercicio de la virtud moral que inclina la fuerza apetitiva hacia el bien conveniente a la razón, que es el fin debido; segundo, que el hombre escoja bien los medios para el fin, y esto no puede ser sino por la razón hecha a juzgar del bien, a escoger y dirigir, lo cual es propio de la prudencia y de las virtudes morales anexas a ella, como ya se ha dicho. Por tanto, ninguna virtud moral puede existir sin la prudencia, y por la misma razón, no puede existir sin la inteligencia, dando este nombre al hábito de conocer los principios naturalmente cognoscibles: así en lo especulativo, la recta razón, en cuanto procede de los principios naturalmente conocidos, presupone la inteligencia de los principios, como en la práctica la prudencia que se define: la recta razón en el orden del obrar: *recta ratio agibilium*” (10).

Nótese que, si Santo Tomás afirma que ciertas virtudes morales pueden existir sin la sabiduría, tratándose de la perfección que constituye el fin próximo del hombre y que está constituida por el desarrollo armónico de todas sus facultades, no cree que éste pueda realizarse sin la más alta perfección intelectual que es la sabiduría. “Según afirma el Filósofo en el principio de la Metafísica, es propio del sabio considerar la causa más alta, por la cual se juzga con la mayor certeza de todo lo demás, y según la cual debe ser todo ordenado. Una causa puede ser la más alta de dos maneras: absolutamente o en cierto género determinado. El que conoce la causa que es más alta dentro de cierto género, está en capacidad de juzgar y ordenar todo lo que cae en ese género, y se dice sabio en ese género, por ejemplo, en medicina o en arquitectura, según las palabras de San Pablo: “Yo puse los cimientos como sabio arquitecto”. Pero el que conoce la causa que es absolutamente más alta, la cual es Dios, se llama sabio pura y

10 Ibidem. Q. LVIII, art. IV, c.

simplemente, en cuanto que, por las reglas divinas, puede juzgar y ordenar todas las cosas” (11).

Ahora bien: siendo así que para la rectitud moral se presupone un cierto conocimiento del fin, pues, como dice el mismo Santo Doctor, “el hombre se ordena al fin inteligible, parte por el entendimiento... en cuanto en el entendimiento debe preexistir cierto conocimiento del fin” (12), y ya que el fin del hombre es Dios, no podrá darse la absoluta rectitud de la voluntad que se incluye en la noción de perfección humana que va envuelta en la de cultura, si no hay un conocimiento perfecto de Dios, no tanto por su aspecto metafísico, cuanto por su aspecto de causa suprema del orden moral. En esto consiste la sabiduría, la cual puede encontrarse en personas de escasa formación especulativa. Ciertamente que las ciencias, y especialmente las dos ciencias supremas, filosofía y teología, son una base firme para la sabiduría propiamente dicha, y que son ya sabidurías en su orden respectivo; pero no son ellas indispensables para la perfección del hombre individual, aunque sí lo son para la cultura verdadera de un pueblo. Igualmente indispensables, en cuanto son partes de la sabiduría, son las virtudes de inteligencia, que consisten en el hábito de mantener firmemente los principios, y de prudencia, que es el hábito de elegir bien los medios con relación al fin.

También se requiere para aquella perfección del hombre que constituye la cultura, que se confunde con su fin próximo y que es condición de la felicidad definitiva, una cierta perfección corporal: “Si hablamos de la felicidad del hombre tal como se encuentra en la presente vida, dice el Angélico, es claro que se necesita para ella una cierta disposición del cuerpo, pues la felicidad, según el Filósofo, consiste en la operación perfecta. Es manifiesto que por la mala salud del cuerpo se impide la operación de las potencias del hombre en todos los campos... por lo cual dice Agustín: “si el cuerpo es tal que su manejo sea difícil y gravoso, ya que la carne que se corrompe es un impedimento para el alma, hace apartar la mente de la visión del sumo cielo”. Pues, si es cierto que el cuerpo no interviene en aquella operación intelectual por la cual se contempla la esencia divina, sin embargo, sí puede ser un obstáculo para ella; por lo cual es necesaria la perfección del cuerpo para que no impida la elevación de la

11 Sección II de la Segunda Parte (II—II), Q. XLV, art. I, c.  
12 I—II, Q. IV, art. III, c.

mente" (13). Pero la perfección corporal tiene que subordinarse a la perfección espiritual del hombre, y no al contrario, como pretenden hoy las doctrinas estatistas y racistas.

"También los bienes exteriores son necesarios para la felicidad imperfecta que se puede alcanzar en esta vida, no como si fueran de la esencia de la bienaventuranza, sino como instrumentos que sirven para ella, ya que ésta consiste en la operación de la virtud, como dice Aristóteles. El hombre necesita en esta vida de lo que es necesario para su cuerpo, tanto para el ejercicio de las operaciones contemplativas como para el de las activas, y estas últimas exigen muchos más medios para ejercitarse" (14). En estas palabras está comprendida toda la doctrina católica sobre el derecho de propiedad, según la cual los bienes exteriores son medios necesarios para alcanzar la perfección propia del hombre, y por tanto, para la felicidad eterna, razón por la cual todos los hombres por ser hombres, en cuanto **personas** capaces de la felicidad, tienen pleno derecho a ellos, y es una injusticia social que, mientras unos pueden acumular bienes innecesarios, otros carezcan de lo que es imprescindible para alcanzar su fin último.

La vida social bien organizada, encaminada a la comunicación de amistad entre los hombres, es condición necesaria de la cultura. "Para la felicidad imperfecta que se puede alcanzar en esta vida, dice el Filósofo que "el feliz necesita de amigos", no tanto para su utilidad, ya que él lo tiene todo en sí mismo, ni por deleite, pues tiene en sí mismo una delectación perfecta en el ejercicio de su actividad, sino para poder hacer el bien, es decir, para progresar haciendo el bien, pues necesita el hombre del auxilio de los demás para hacer el bien, tanto en la vida activa como en la contemplativa" (15).

En resumen, la cultura propia del hombre, que constituye el fin temporal que debe realizar en el mundo, es alcanzar todo aquello que le asegure la posesión de la felicidad eterna. Por este aspecto la cultura es fuente de felicidad temporal, y puede llamarse una **felicidad participada e imperfecta**, no en cuanto produce la delectación que es propia de la felicidad, sino en cuanto acerca a ella lo más posible; jamás podrá en este mundo excluirse

13 I—II, Q. IV, art. VI, c.

14 I—II, Q. IV, art. VII, c.

15 I—II, Q. IV, art. VIII, c.

del todo el dolor, ni convertir este mundo en lugar de placer perfecto, contradiciendo a la expresión bíblica de "valle de lágrimas", según el utópico deseo de todos los materialismos. Pero tampoco quiere esto decir que la perfección que se alcanza en esta vida carezca de toda delectación, pues ésta se sigue necesariamente de la seguridad racional de poseer ya el fin, y es como una redundancia en las potencias humanas de los actos hechos en toda perfección.

"La vida de tales hombres, —dice Aristóteles hablando de los perfectos— es un verdadero placer. Porque cada uno encuentra placer en el objeto que pretende amar, como en los caballos los aficionados a ellos, en los espectáculos los que son amantes de los espectáculos; y por consiguiente, el que ama la justicia se deleita en las acciones hechas según la justicia, y de una manera general, hallará deleite en la perfección el que ama la perfección. Los placeres que buscan los hombres, de ordinario, son opuestos entre sí, porque no son verdaderos placeres; pero las almas enamoradas de la belleza no encuentran su placer sino en los placeres verdaderos. Tales son las acciones hechas según la perfección, de manera que ellas son placeres en sí mismas, y con relación a esas almas.

"Así, la vida de esos hombres no necesita de que los placeres vengan a fijarse en ella como una joya de lujo, sino tiene su placer en sí misma. Podemos añadir que un hombre no es realmente bueno, si no se complace en las buenas acciones, como no se llamaría justo al que no se complaciera en los actos de justicia, ni liberal al que no se complaciera en actos de liberalidad, etc." (16).

Y añade el Estagirita: "Las acciones hechas según la perfección son en sí mismas fuentes de placer; pero son también buenas y bellas y esto en el más alto grado. Por consiguiente, la felicidad es a la vez lo que hay de mejor,, de más bello y de más deleitable, y estas cualidades no son distintas, como en la inscripción de Delos: "No hay nada más bello que la justicia; no hay nada mejor que la salud; no hay nada más deleitable que obtener lo que se ama". Porque todo esto se encuentra en nuestras actividades mejores, por eso llamamos a éstas, o a la mejor de todas ellas, felicidad" (17).

Así pues, a nuestro parecer, la noción de cultura tal como la

16 Aristóteles, *Ethica ad Nicomachum*, lectio XIII.

17 *Ibidem*.

define la Etica cristiana, se identifica con la de perfección humana, y ésta, según Aristóteles, se indentifica con la felicidad.

Todo esto, claro está, desde el punto de vista ético, es decir, desde el punto de vista de la pura razón natural. El orden sobrenatural, que debe tenerse en cuenta para una concepción realista de la vida, ya que en el estado actual nuestra actividad se realiza dentro de él o está condenada al fracaso, —fracaso en lo temporal, como lo está demostrando experimentalmente el desemlace tragicómico de la civilización naturalista a que asistimos, fracaso eterno como se demostrará también experimentalmente cuando terminen los tiempos y venga Cristo a juzgar a los vivos y a los muertos—, no quita nada al orden natural, antes bien lo perfecciona y completa admirablemente. Dentro de él sigue esa busca de la perfección humana en que, según lo hemos dicho, consiste la cultura, pero no ya por sí misma, sino como realización de la voluntad de Dios en nosotros, como cumplimiento del reino de Dios en las almas y en el mundo. Esta concepción sobrenatural de la cultura está contenida íntegramente en el Padre nuestro, en donde se nos manda decir: “Santificado sea el tu Nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”: En el cumplimiento de estas peticiones está toda nuestra perfección espiritual. Pero, a continuación, se dice también: “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy”: es decir, primero el bien espiritual, luégo, subordinado a él, el temporal. Es la misma concepción cultural expresada en otro texto evangélico: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (18).

**CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.**

Profesor de Etica en el Colegio Mayor.

---

18 Evangelio de San Mateo, VI, 33.